

La epopeya de la clausura ¿El Cristo de la modernidad?, I

Christopher Domínguez Michael

A José Ramón Enríquez

Noticias de Jacques Rivière, ha muerto, en el barco esta mañana cuando partíamos de África.

Uno más que se ha separado de mí sin decir palabra, como en otro tiempo Charles-Louis Philippe.

Y sin ninguna respuesta a esta afirmación vacilante y balbuciente testimonio a Dios, a quien no podemos impedir que exista,

Salvo esta boca amargamente torcida y esta mirada de interrogación y perplejidad.

“Hay alguien para vosotros que está más allá y permanecerá eternamente en su sitio.

Mas no me impidáis sentir en mí esa complicidad con lo que sucede,

Esta espera a contracorriente, esta alianza con las cosas que acaecen.

Nada tengo que rehusar, dejadme en mi entera pureza negativa.

Las obras adquiridas son plomo, se puede sopesarlas en la mano y juzgarlas.

Pero todo este pensamiento en vías de nacer como agua, comprenderlo, ¿cómo hacer para no participar de él?

Todo este ruido en vías de constituirse en palabra, es quizás interesante después de todo. ¿Quién estará allá para comprender, si me quedo a mitad del camino?

¿Quien estará allá para oír si me dejo enteramente ganar por un Dios sordo?

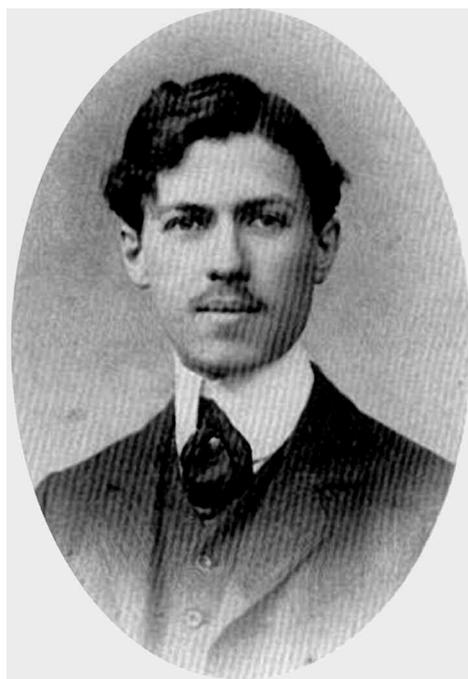
Cuya labor he sentido sobre mí fibra a fibra demasiado durante estos cuatro años de prisión avanzar.

¿Por qué preocuparos tanto, querido amigo? Todo lo que decís, lo sé. Tened paciencia un momento. La puerta no se cierra para mí tan bien como creéis.

No hay sino mirarte para ver a qué he dado mi consentimiento.

Todo lo que decís que sabéis, yo sé que lo sabré mejor que vos dentro de un instante.

Paul Claudel, 6 de abril de 1925.



Jacques Rivière

Jacques Rivière murió el 14 de febrero de 1925, cuando tenía treinta y ocho años. La fiebre tifoidea puso fin a su vida. Sus amigos y contemporáneos insistieron en un adjetivo para calificar su muerte: fue brutal. No parecía posible que la inteligencia literaria más lúcida de la posguerra se esfumara. Rivière fue un auténtico hombre puente: discípulo directo de André Gide, publicista de Marcel Proust y descubridor de Antonin Artaud.

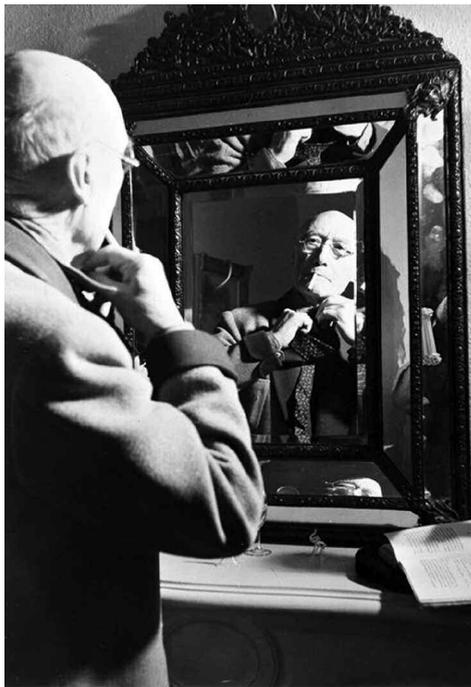
Fue un joven sobreviviente. Escapó, confinado durante los cuatro años de la guerra en un campo de prisioneros alemán, a la muerte que tomó a Charles Péguy, a Apollinaire, a una generación que se hizo joven durante la Bella Época y que fue lanzada, en medio de la sordera nacionalista, a la primera masacre del siglo.

La formación espiritual de Rivière había sido privilegiada. Desde 1911 era secretario de la *Nouvelle Revue Française* (NRF) y cuando ésta reanudó su publicación, tras

Versalles, Rivière se ganó la dirección de la revista. Durante esos seis años, fue el cerebro pensante de la literatura francesa, su organizador más cabal y su fidelísimo guardián. Educado en un clasicismo desdeñoso de los excesos finiseculares, era un hombre que polemizaba lo mismo con Ramón Fernández sobre la moralidad y el compromiso del escritor, que atendía los primeros poemas de Artaud y sugería la publicación de las cartas cruzadas. Esa sensibilidad y su capacidad de movimiento, la promesa de una obra fulgurante, hicieron de Rivière constancia y paradigma. “Acepto francamente la literatura como un método”, le escribió a su cuñado e íntimo amigo Alain Fournier, el autor de *El gran Meaulnes*.

Había nacido Rivière el 15 de junio de 1886 en Burdeos. Su madre murió cuando tenía diez años. En agosto de 1909 se casó con Isabelle. Escribió tres novelas: *L'Allemand* (1918), sobre su cautiverio durante la guerra, *Aimée* (1922), meditación psicológica sobre el conflicto entre Eros y Ágape, y la inconclusa *Florence*. Hay en su narrativa una percepción stendhaliana de las pasiones a menudo entorpecida por una compulsión agónica. Se inició en la crítica con los *Études* de 1912.

Antes de morir publicó *À la trace de Dieu*, registro de su ansiedad religiosa. Su obra póstuma es tan fragmentaria como vasta. No es extraño que el grueso de su legado lo constituyan esencialmente sus cartas: fue un hombre entregado de tiempo completo a la cofradía literaria y a la comunicación crítica. Ha sido publicada su correspondencia con Fournier, Gide, André Lhote, Proust, Jean Schlumberger, Claudel y Paul-Louis Claudel, Jean Paulhan y Artaud. Entre su obra póstuma destaca *Moralisme et littérature* (1932)—la polémica con Fernández—, *De la sincérité*



André Gide

envers soi-même (1943), *Nouvelles études critiques* (1947) y el *Rimbaud* (1930), cuya reedición en lengua española presentamos aquí, recordando que se cumplió el primer centenario del nacimiento de Rivière.¹

Arthur Rimbaud y Jacques Rivière son una extraña pareja de poeta y crítico. No se relacionan a través de una correspondencia justa ni escenifican el debate entre el autor y ese espejo cóncavo que lo interroga.

Estamos, más bien, ante un ejercicio de seducción y un ejercicio de exorcismo.

Hay que prepararse para intervenir en una lectura perversa. En el comienzo, Rimbaud domina el mundo, defendido por un intransitable campo de fuerzas magnéticas. Rivière concentra todo su poder negativo, resuelto a romper las defensas del poeta, ven-

¹ Este ensayo se publicó originalmente como prólogo a la reedición de *Rimbaud*, de Jacques Rivière, por los Cuadernos de *La Orquesta*, México, en 1987. El libro había aparecido por primera vez en español, traducido por Alfredo Juan J. Weiss (Ediciones Continental, Buenos Aires, 1944) y esa fue la traducción que prologué. Recupero aquel prólogo, corregido [CDM, 2010].

cer su resistencia y raptarlo. La de Rivière es, como veremos, una misión íntima y moral que está más allá de la crítica y que al cruzarla, enriquece nuestra relación con los libros oscuros y los hombres luminosos.

Es preciso conocer con más intensidad a los protagonistas del duelo anunciado. Hablemos del seductor. Rivière fue formado en un hogar católico. Durante la juventud sufrió una crisis de conciencia más relacionada con la crítica del culto que con la duda en la fe: son los tiempos inmediatamente posteriores a la encíclica *Rerum Novarum*, al movimiento de la Renovación Católica y a la separación oficial entre la Iglesia y el Estado en Francia. Pero no será sino hasta la catástrofe de 1914 cuando quede definitivamente fijada la visión religiosa del crítico.

Para conocer ese proceso contamos con los *Carnets* (1914-1917), escritos durante la reclusión del escritor en Konigsbrück, el campo alemán. Estos *Carnets* son al mismo tiempo un acta de la conciencia y el testimonio del laboratorio del escritor. Rivière hace (y puede hacer) del cautiverio un régimen de vida monástica y de la escritura un asunto de vocación litúrgica.

El autor del *Rimbaud* carece de la pasión incendiaria de Léon Bloy o de la humildad de predicador propia de Péguy.² No es un fanático Rivière, no milita por la fe ni hace de su existencia un sacrificio. No injuria, no convierte. Pero tampoco es un Claudel, el poeta para quien la humanidad católica es un hecho lírico y un modo de vida. Tal parece que para Rivière la fe es un método de conocimiento, de *conocimiento literario*, específicamente. Los *Carnets* abundan en llamadas patristicas: santo Tomás de Aquino, la *Imitación de Cristo*,

² En 1987 había yo leído poco a Péguy, sólo *Nuestra juventud* y la biografía de Daniel Halévy (*Péguy*, 1941). Ello no explica mi candor: creer humilde a Péguy. [CDM: Nota de 2010]

pero también Goethe y Dostoievski, *los otros padres*.

En la obra de Rivière todo es santidad y todo es literatura: lo sagrado y lo profano no se dividen jamás, son un todo donde el poeta deambula como artesano lo mismo que como vidente. En su método, se acerca más a Paul Valéry que a cualquiera de los escritores católicos.³ Rivière forma parte de esa tradición de creyentes críticos comenzada por Pascal y los *Carnets* registran esa conversación sin desmayos místicos. Estamos ante un racionalista que le implora a Dios que se presente comprobándose. Rivière no ha recibido una revelación: es el ardor de su sed por conocer lo que lo invita al debate.

Dice Rivière en sus *Carnets*:

El cristianismo se extiende como un incendio, con la gangrena sobre un miembro... Ahora comprendo la naturaleza de su inspiración. Incluso para un alma poco consecuente como la mía, sólo el cristianismo puede ser el estímulo necesario para cruzar el paraje terrible que me espera, pues he sido tocado.⁴

Rivière sabe que esa aventura sólo puede llevarse a cabo enfrentándose con una figura que resuma en toda su grandeza la tentación y el oprobio: ¿quién más adecuado que Rimbaud? Personifica el rito de pasaje necesitado por Rivière. La reputación de su víctima era algo distinta en esos días que en los nuestros. **U**

³ A Paul Valéry, en 1914, el ensayo de Rivière le mereció el desprecio: "Lo siento mucho por Rivière, a quien estimo. Aquello no vale nada. Está hecho de exageraciones insignificantes". (Jacques Rivière, *Rimbaud. Dossier 1905-1925*, edición de Roger Lefèbvre, Gallimard, París, 1977, p. 196). [CDM: Nota de 2010].

⁴ Jacques Rivière, *Carnets (1914-1917)*, presentados y anotados por Isabelle Rivière y Alain Rivière con prefacio de Pierre Emmanuel, Librairie Arthème Fayard, París, 1974, p. 222.

En la obra de Rivière todo es santidad y todo es literatura: lo sagrado y lo profano no se dividen jamás.